

Jardinero del alma nacional



José Joaquín Chaverri



Era el alma de la tertulia cultural, haciendo que otros hablaran, cada semana en el Centro Universitario Miravalles, y en muchos otros sitios del país. Igual que en la década de 1940, en el Centro de Estudios Nacionales o cuando dirigía el *Diario de Costa Rica*, don Jorge Rossi tenía el espíritu abierto a los ideales de los jóvenes, sabiendo unir generaciones, construyendo puentes o abriendo horizontes, estudiando y leyendo siempre.

¿Cómo solucionar el problema de aquel estudiante que no tenía medios financieros, pero que tenía capacidad para estudiar? ¿De qué manera se podía hacer para encontrar la comba al palo y resolver mil y un problemas de aquel otro universitario, que a lo mejor no se había enterado de que don Jorge ya estaba pensando en unir esfuerzos con otros para solucionarle el futuro de su vida académica?

Justicia social. La tertulia seguía su marcha y poco antes de las 10 de la noche hacía un resumen

Jorge Rossi fomentaba hombres fuertes para mantener en alto los valores costarricenses

siempre positivo del encuentro y de lo que podría servir a Costa Rica esa noche de diálogo. Unir profesores, empresarios, trabajadores, amigos, estudiantes, servidores públicos, era parte de su diaria preocupación, junto con el reiterar siempre a todos la importancia del estudio de la Historia de Costa Rica y documentos de doctrina social. El otro motor era cómo hacer que Costa Rica no perdiera su ruta dentro del marco de la justicia social por medio de la vivienda, la tierra y las ideas.

Su ejemplo en esta materia lo concretó con el esfuerzo en su antigua, finca El Sauce en Santa Teresa de Turrialba, hoy repartida entre diferentes agricultores del lugar, quienes llegaron al funeral para

darle el último adiós al hombre que, junto al río Reventazón, también alentó el hecho de que la esperanza es posible, en medio de las vacas, los cultivos y las lluvias del Caribe.

Al final de cada conversación con los agricultores, salía una inteligente y simpática anécdota, todas con una concreta referencia siempre a Costa Rica.

Su espíritu universitario se agrandó al conocer, hace más de 30 años, a san Josemaría Escrivá, que le motivó a abrirse a todos, querer a todos y estar siempre atento a los otros, a pesar de los tragos amargos de la vida.

Esa es parte de la amplia vida del universitario don Jorge Rossi Chavarría en su encuentro con los jóvenes de Costa Rica. Se trataba de hacer crecer árboles fuertes que supieran enfrentar vendavales y protegieran nuestro jardín.

Lección inaugural. Este 30 de marzo a las 7p.m., el doctor Jordi Cervós, exvicerrector de la Universidad de Berlín, neuropatólogo, científico e investigador español, estará a cargo de la lección inaugural del Centro Universitario Miravalles en el auditorio principal del Centro.

En la lección inaugural, dirigida a profesores universitarios, profesionales en general, universitarios y abierta a todo público, se abordará el tema "Ética en la investigación científica" y estará dedicada este año al licenciado Jorge Rossi, recientemente fallecido. Don Jorge, conocido político, empresario, hombre de gran sensibilidad social, fue durante años presidente del Patronato de Amigos del Centro Universitario Miravalles. ■

EN GUARDIA



Jorge Guardia Quirós

Al desautorizar el procedimiento arbitrario en la tramitación del plan fiscal, la Sala Constitucional se prendió una flor en el ojal. Los señores magistrados y, en particular, Ana Virginia Calzada, encargada de la redacción inicial, nos dieron una lección de civismo y democracia. Para ellos, un augusto homenaje; para ella, un ramo de rosas.

Pero no hay rosas sin espinas. ¿A quién punzamos? Primero, al diputado Mario Redondo por su actuación como presidente de la Comisión, su "casuística" interpretación de la Constitución (para ponerlo en suavécito) y su ingenua visión política exhibida en el proceso. Aceptó todo tipo de enmiendas -injustas, desiguales y sesgadas- con tal de abonarle más impuestos al nuevo gobierno.

Espinas, también (a montones), para los gratuitos asesores externos de la Asamblea, ávidos de reformas complejas para brindar, después, lucrativas asesorías (cuanto menos las entienda el contribuyente, más los necesitan); a los banqueros vestidos de funcionarios que sesgaron el proyecto a favor del capital; a los empresarios, cuyos asesores remunerados infiltraron asomos de injusticia y desigualdad; a los diputados del PLUSC, por su escandaloso matrimonio político; y a Marta Zamora, la Zarzamora del PAC, una espinita dolorosa e incómoda, estratégicamente ubicada, para que lllore, a todas horas, por los rincones.

Pero la batalla aún no ha terminado. La Sala IV no se pronunció sobre el fondo. Se concentró, esta vez, en las falencias del proceso pues eso bastaba para reenviarlo a comisión. Formalmente, el proyecto no ha sido descartado. Está, por así decir, medio muerto (o medio vivo, según la perspectiva) porque la Asamblea tiene potestad de enmendar el procedimiento y ponerlo a correr otra vez si logra la mayoría necesaria antes de cesar la actual legislatura. Ahora, el PLN y el PUSC tienen, juntos, una holgada mayoría. Si tratan de revivirlo, vendría una nueva batalla por el fondo. La madre de todas las batallas.

Pensando en eso, un grupo de abogados especializados en Derecho Público y Tributario (Gonzalo Fajardo, Violeta Pino, Israel Hernández y otros), analizamos cuidadosamente las consultas llevadas a la Sala y concluimos que, en mucho, tenían razón. Identificamos, también, otros vicios de forma y fondo que se les escaparon a los diputados, y están ahí, en reserva, para la nueva batalla. Pienso que ellos abogan, como yo, por una ley justa y simple, que satisfaga los principios constitucionales de la tributación. Y me atrevo a decir que, si los instan (sin acosarlos), estarían al servicio de los diputados matriculados con una justa reforma fiscal. ■

jguardia@nacion.com

La batalla de Santa Rosa

Cloilde Obregón Quesada

No hay un hecho en toda la historia del país que haya significado tanto como la batalla de Santa Rosa del 20 de marzo de 1856. Santa Rosa salvó al país de la opresión y de la esclavitud que un grupo de extranjeros quería imponer.

Santa Rosa fue una brillante acción militar consecuencia de la preparación y determinación de modernizar el ejército que el presidente Juan Rafael Mora tomó desde años antes. No fue producto de la suerte ni de que, de un momento a otro, campesinos con azadones defendieran el país.

De la música a las armas. Desde hace bastantes años, hicimos una investigación sobre el triunfo de Costa Rica, y nos sorprendió la lucidez que tuvieron una serie de hombres, entre ellos el presidente. Tomaron la determinación de prepararse, y por eso dedicaron todo el superávit del Estado en pesos oro, suma incalculable en

el presente, a comprar armamento y todo lo que la movilización de un ejército necesitaba. En 1854, un país que había dedicado el año anterior más de 90.000 pesos oro en comprar instrumentos musicales y música escrita para sus bandas, que había empezado a traer los vidrios y los balcones de hierro para la construcción del palacio nacional, que había comprado libros para su universidad a la que le había construido un edificio y que pensaba hacer una reforma universitaria, tuvo que tomar la decisión de armarse para poder sobrevivir. El armamento importado consistía en armas y municiones, desde los rifles más modernos, los Minie, hasta los carretones y los arneses, amén de la vestimenta, y fue pagado por Costa Rica.

Los dirigentes sabían que el campo de batalla estaría lejos del Valle Central, que esta lejanía del teatro de la guerra era en sí un desafío y que los invasores no debían pasar de la zona fronteriza. Habría entonces que preparar a los oficiales y a la población pues esta debía saber lo que tenía que hacer y estar consciente del por qué iban a luchar y a morir. Movilizar el ejército era ne-

cesario porque no se podía dejar la responsabilidad a la fuerza de la frontera.

Por eso las fuerzas salieron de San José el 4 de marzo, iban con capellanes y médicos, entre ellos el doctor Hoffman, que permanecerá en Liberia mientras el batallón di-

Walker alegaba que los venció un ejército europeo, pero en Santa Rosa solo pelearon ticos

rigido por el general José Joaquín Mora salía en busca de las fuerzas filibusteras.

El general Mora y sus oficiales estudiaron los planos de los diferentes sitios donde se podrían enfrentar con las fuerzas filibusteras, que habían invadido el país por orden de William Walker al mando del general Luis Schlessinger. Era un batallón formado por cinco compañías provenientes de los Estados Unidos, pero agrupadas según su origen (de Nueva York, de Nueva Orleans, francesa, de rifles californianos y alemana); por lo

tanto, la fuerza era grande, pero el batallón de Costa Rica los pudo atacar con gran seguridad en la hacienda de Santa Rosa.

Invasores furiosos. El triunfo de las armas costarricenses fue rápido y definitivo y los filibusteros salieron en desbandada. El éxito de Costa Rica enfureció a William Walker, quien, junto con sus oficiales, y después un grupo de historiadores filibusteros, sostuvieron la tesis de que habían sido vencidos por un ejército europeo.

En Santa Rosa solo pelearon costarricenses y a ellos debemos que no fuésemos convertidos en esclavos, que pudiéramos mantener nuestra idiosincrasia y fe y que el escenario de la guerra no estuviera en el centro del país, sino en la frontera. Gracias al triunfo de Santa Rosa y de Sardinal el 10 de abril, la lucha se dio en Nicaragua y, en la segunda campaña, en la frontera del río San Juan, donde Costa Rica de nuevo triunfó, con otra acción decisiva, estratégica y brillante.

Al celebrar Santa Rosa y recordar a los 20 muertos que tuvimos en esa batalla, debemos homenajear a todos los que en ese momento combatieron y con ellos a todas las mujeres que los sustituyeron en sus trabajos y los apoyaron en la guerra. ■